

Vallombreuse, al-ver á su amigo, hizo á este un amistoso saludo con la cabeza, y apartando de entre las de su hermana su mano la tendió á Vidaline. Era cuanto por entonces autorizaba el médico.

Al cabo de dos ó tres semanas, Vallombreuse, fortalecido con ligeros alimentos, pudo pasar algunas horas medio tendido en una larga silla y soportar el aire de una ventana abierta, por la que entraban las balsámicas brisas de la primavera. Isabel le hacia á menudo compañía, y le leía escogidos trozos de literatura con la flexibilidad de voz y buena diccion propios de quien se ha dedicado con provecho al teatro.

Cierto día en que terminado un capítulo, iba á dar comienzo á otro del que habia ya leído el sumario, el duque de Vallombreuse le indicó con un gesto que dejase el libro, y le dijo:

—Querida hermana, esas aventuras son lo más divertidas del mundo, y el autor de ellas merece un sitio entre los más peregrinos ingenios de nuestra época; todos se hacen lenguas de su libro; pero confieso que á la lectura de este prefiero vuestra encantadora conversacion. Al perder mis esperanzas no creí ganar tanto. A vuestro lado más gaño como hermano que no pude soñar nunca como amante, pues tanto cuanto os mostrabais esquiva y rigurosa hacia el uno, sois dulce para con el otro; apacible sentimiento en el que hallo encantos ignorados, y que me revelan un lado de la mujer de mí completamente desconocido. Arrebatado por pasiones ardientes, persiguiendo los placeres que me prometia la belleza, exaltándome é irritándome ante los obstáculos, me sucedia lo que al cazador de la leyenda, á quien nada detiene; en el objeto amado sólo veia una presa. La resistencia ¿qué digo? la sola idea de ella parecía imposible; la palabra virtud me hacia encojer de hombros, y puedo sin fatuidad decir á la única que no se ha doblegado á mi capricho, que me asistían poderosas razones para no creer en ella. Cuando murió

mi madre, apenas contaba yo tres años. En aquella época vos no habiais sido hallada todavía, y por lo tanto he vivido ignorando cuánto de puro, cuánto de tierno, cuánto de delicado encierra el alma de la mujer. Os ví, y una irresistible simpatía, quizás la voz de la sangre, me arrastró hacia vos; sucediéndome por vez primera experimentar un sentimiento de estimacion que abrió desconocidos y brillantes horizontes á mi fantasía. Vuestro carácter me agradaba y me desesperaba á la vez, y en mi interior aplaudia la modesta firmeza con que rechazabais mis finezas. Cuanto más me repelíais, más digna de mí os encontraba, y sucedíame en medio de mi frenesí experimentar ya cólera, ya indignacion, ya ambos sentimientos á la vez; pero aun en mis más violentos arrebatos, os he respetado siempre, os he respetado sí, porque presentia en vos el ángel á través de la mujer, y experimentaba el ascendiente de una pureza celestial. Ahora que de vos tengo precisamente lo que de vos deseaba sin saberlo, esta afeccion desnuda de toda mezcla terrenal, inalterable, eterna; ahora que, en fin, poseo un alma, me siento dichoso.

—Sí, querido hermano,—respondió Isabel,—la poseéis, y no es menor la satisfaccion que yo experimento al poderoslo decir. En mí teneis una hermana fiel que os amará doble para recobrar el tiempo perdido, sobretodo si, conforme me habeis prometido, moderáis esas fogosidades que tanto cuidado dan á nuestro padre, y no dejais ver más que lo que en vos hay de excelente.

—Miren la predicadorcilla,—dijo Vallombreuse sonriendo;—cierto es que soy un mónstruo, pero me enmendaré, sino por amor de la virtud, al ménos por no veros tomar un gesto severo á alguna nueva escapatoria. Sin embargo temo que así como vos sereis siempre la razon yo seré la locura toda mi vida.

—Si empezamos con cumplidos,—dijo Isabel poniéndose un si es no es seria,—tomo de nuevo el libro, y quieras que no tendreis que oir desde el principio al fin la historia que

iba á contar, en la cámara de la galera, el corsario berberisco á la incomparable princesa Amenaída, su cautiva, reclinada sobre cojines de brocado de oro.

—No me he hecho acreedor á tan duro castigo. Aunque os parezca bravata, tengo ganas de hablar. ¡Ese condenado de médico, convirtiéndome en nueva estatua de Harpocrates, me ha impuesto silencio por tan dilatado tiempo!

—¡Cómo! Vuestra herida apenas está cicatrizada y la conversacion puede dañaros el pecho; maese Lorenzo me ha recomendado en gran manera que os ahorrare palabras y que para distraeros os leyese algun libro.

—Maese Lorenzo no sabe lo que se dice; lo que él quiere es darse mayor importancia que la que tiene. Mis pulmones aspiran y exhalan el aire con la misma facilidad que antes, y me siento tan perfectamente bien, que tengo vivísimos deseos de dar un paseo á caballo por el bosque.

—Vale más todavía que conversemos; de esta manera será, de fijo, menor el peligro que correreis.

—Pronto podremos despedir al médico, y entonces os presentaré á la sociedad donde os llama vuestro rango, y en la que vuestra acabada belleza arrastrará en pos de sí gran número de adoradores entre los cuales la condesa de Lineuil podrá elegir esposo.

—No siento ningun deseo de casarme, y creed que al decirlo no hablo por hablar. Bastante he dado mi mano al final de las comedias, para tener tanta priesa por hacerlo en la vida real. Nada más dulce para mí que permanecer al lado del príncipe y de vos.

—El afecto de un padre y de un hermano no llenan siempre el corazon aun de la persona más indiferente del mundo.

—Sin embargo llenará el mio, y si algun dia aquel me falta tomaré el velo.

—Esto sería llevar la austeridad á los últimos límites. Decidme ¿no reúne para vos todas las cualidades para ser perfecto marido el caballero de Vidaline?

—No digo que no. Más, no dudo que la mujer con quien case podrá llamarse dichosa; pero, por mucho que vuestro amigo valga, mi querido Vallombreuse, no seré nunca yo esta mujer.

—El caballero de Vidaline es algo rojo, y quizás á vos, como á Luis XIII, no os agrade este color, muy apreciado sin embargo de los pintores. Pero no hablemos más de Vidaline. ¿Qué me decís del marqués de l'Estang, que vino á verme el otro dia y no apartó de vos los ojos mientras duró su visita? Estaba el pobre tan maravillado de vuestro donaire, vuestra sin igual belleza le deslumbró del tal modo, que al dirigiros sus cumplidos se le enredó la lengua y no hizo más que balbucear. Esta timidez aparte, que debe hallar disculpa á vuestros ojos, puesto que vos erais la causa de ella, es un caballero cumplido, apuesto, jóven, principal y muy rico, y creo que os convendría.

—Desde que tengo el honor de pertenecer á vuestra ilustre familia,—respondió Isabel un poco impacientada de esta chanza,—no me sentaria bien un exceso de humildad. No diré pues que considere indigna de mí tal union; pero si el marqués de l'Estang pidiese mi mano á mi padre, yo me negaría. Ya os lo he dicho, hermano mio, no quiero casarme, y vos, que tanto me atormentais respecto del particular, lo sabeis perfectamente.

—Y qué humor más virginal y esquivo el vuestro, hermana. Diana no era más arisca en sus bosques y valles del Hemus. Y aun si hay que dar crédito á las malas lenguas mitológicas, Endimion halló favor á sus ojos. Os incomodais porque os propongo algunos partidos adecuados á vuestro rango; nada más fácil de arreglar: si estos os desagradan, ya encontraremos otros.

—No es que me incomode; pero decididamente hablais demasiado para estar enfermo, y os haré regañar por maese Lorenzo.

—Bueno pues, me pondré un candado en los labios, re-

puso Vallombreuse con tono de sumision;—pero tened la seguridad de que no os vereis casada sino por mano mia.

Para vengarse de la obstinada broma de su hermano, Isabel comenzó á leer con voz alta y vibrante la historia del corsario berberisco.

Vallombreuse, para impacientar á su hermana, fingió dormirse, y en realidad lo hacia profundamente al breve rato.

Isabel, al ver á su hermano entregado al sueño, se retiró de puntillas.

La conversacion que acababan de tener los dos hermanos, y en la que el duque parecia adrede usar de una intencion maliciosa, turbó á pesar suyo á Isabel. ¿Vallombreuse, aun cuando no hubiese pronunciado el nombre de Sigognac desde el ataque del castillo, buscaba levantar entre su hermana y el Baron, por medio de un matrimonio, una barrera, un obstáculo insuperable? ¿ó deseaba únicamente saber si la actriz transformada en condesa habia, al par que de fortuna, cambiado de modo de pensar? Isabel no podia responder á estas dos preguntas que se hacia á sí misma allá en el fondo de su pensamiento. Toda vez que ella era hermana de Vallombreuse, la rivalidad entre el duque y Sigognac caia por su propia base; mas, por otro lado, era difícil suponer que un carácter tan altivo, tan orgulloso y tan vengativo, hubiese olvidado la vergüenza de una primera derrota, cuando más de una segunda. Aunque la situacion de cada uno de ellos hubiese cambiado, Vallombreuse, en el fondo de su corazon, debia siempre odiar á Sigognac. Y aun cuando hubiese tenido suficiente grandeza de alma para perdonarlo, la generosidad no exigia que le amase y le admitiese en la familia. Era preciso pues renunciar á toda esperanza de reconciliacion. Por otra parte el príncipe no veria jamás con buenos ojos al que habia puesto en peligro la vida de su hijo. Estas reflexiones sumerjian á Isabel en una melancolia que en vano la jóven trataba de sacudir. Mientras permaneció en su estado de comediante, se habia considerado como un obs-

táculo para el porvenir de Sigognac, la union con el cual habia rechazado siempre; pero entonces que por un cambio de fortuna inopinado se veia colmada de todos los bienes que pueden desearse, hubiera querido recompensar con su mano á quien se la habia pedido cuando se veia despreciada y pobre, por considerar como una bajeza el no compartir su prosperidad con el compañero de su miseria. Pero todo cuanto ella podia hacer, era guardarle una inalterable fidelidad, pues no se atrevia á hablar á favor de él ni al príncipe ni á Vallombreuse.

*
**

Este, restablecido por fin completamente, propuso á su hermana un paseo á caballo por el bosque, y ambos jóvenes se dirigieron por una alameda las copas de cuyos añosos árboles se unian en forma de bóveda.

De regreso al castillo, el duque dijo á Isabel:

—Me hallo ya robustecido del todo; por lo tanto pediré permiso para salir solo.

—¡Cómo! ¿apenas restablecido quereis abandonaros?

—Sí, tengo necesidad de hacer un viaje de algunos dias, —respondió con abandono Vallombreuse.

En efecto, el dia siguiente, despues de despedirse del príncipe, quien no opuso la menor objecion, y de haber dicho con tono singular y enigmático á Isabel: «Hasta la vista, hermanita, quedareis contenta de mí,» el jóven duque partió.